



## LA HEROINA DE PATZCUARO.

---

### I.

Gertrudis Bocanegra era hija de un rico español, avecinado en Pátzcuaro.

Hallándose ya en la pubertad, fué solicitada en matrimonio por un joven de apellido Vega, que era Alferez en los ejércitos del Rey. Para corresponderle, Gertrudis le exigió que abandonara todo servicio del Gobierno virreinal, pues ya desde entonces germinaban en su corazón los sentimientos patrios, que habían de conducirla más tarde hasta el sacrificio. Vega convino en ello, y se dirigió entonces al padre de la joven, á fin de que diera su consentimiento para el enlace.

Trabajo costó que lo otorgara, pues debido á las ideas reinantes, y á que el pretendiente era de color moreno, lo creía de casta inferior á la suya y á la de su hija. Fué preciso que éste empleara algunas influencias no sólo de otros españoles, sino del mismísimo Obispo de Michoacán, y aun del Arzobispo de México.

Vencida al fin la resistencia del padre de Gertrudis, efectuóse el matrimonio, después de renunciar Vega su puesto de Alferez real, en cumplimiento de la palabra que había dado á su prometida.

Como regalo de boda, la hermosa Gertrudis recibió del autor de sus días una casa para habitación, y en ella se estableció con su marido. Gozó de completa dicha en su hogar; tuvo três hijas y un hijo, y merced



al trabajo del esposo, y á las economías, orden y buen gobierno doméstico de la esposa, aquel feliz matrimonio pudo reunir un regular capital, que le conquistó magnífica posición en el lugar.

## II.

Había estallado la guerra de insurrección, proclamada por Hidalgo en Dolores. De un extremo á otro de la antigua Nueva España, se trabajaba por el triunfo de los patriotas. El anhelo de la Independencia era general, y lo mismo palpitaba en el corazón de los campesinos que en el de los ricos, en el de las damas que en el de los niños. ¡Todos querían que México fuera libre!....

En el seno de la familia de Gertrudis Bocanegra, aquel sentimiento había llegado á un grado increíble, pues la animosa matrona, llena de entusiasmo, había comprometido á su esposo y á su hijo, que á la sazón contaba tan sólo diez y siete años, á que abrazaran la causa de la Independencia, tomando las armas y marchando á pelear á las órdenes de algún caudillo insurgente.

En su casa, reuníanse por las noches varias personas de las que simpatizaban con la idea de emancipación, ya para comentar las noticias que se recibían, ya para idear la manera de mandar algunos recursos de gente, dinero y víveres á los jefes que combatían en los campos de batalla. Y á fin de que no se diera á aquellas reuniones, en caso de una sorpresa, el carácter de junta política, se fingía que su objeto no era otro que jugar al tresillo.

Sentábanse todos al rededor de una mesa; pero la señora de la casa tomaba asiento en un canapé de los que entonces se usaban, y desde allí estaba pendiente de lo que pudiera suceder.

Así se fraguaban combinaciones, se tomaban acuerdos y se resolvía lo que debería hacerse, para ayudar á la revolución. Por medio de unos cigarrillos especiales que se torcían por la propia Gertrudis en aquellas fingidas tertulias, se comunicaba lo que allí se acordaba á los que en

lugares próximos ó lejanos luchaban por la patria.

Cierta ocasión, un criado de la señora Bocanegra, que servía de mensajero para llevar á su destino aquellos cigarrillos, fué aprehendido por sospechoso; y aunque nada se le pudo probar, y se mantuvo en una negativa absoluta, fué al fin fusilado, sólo por sospechas. Esto contristó profundamente á la citada dama y sus compañeros; pero no por eso desistieron de sus trabajos, sino que los prosiguieron con el empeño y diligencia acostumbrados.

Sucedió también por aquellos días que un Coronel Gaona, que militaba en las filas insurgentes, se enamoró de la hija mayor de la señora Bocanegra. Excusado es decir que ésta, llena de entusiasmo, consintió gustosa en aquellas relaciones, pues así contaba con un hijo más en el ejército acudillado por Hidalgo.

Gaona se distinguió de tal manera en la guerra, y fueron tantos los encuentros en que salió victorioso, que según noticia que hemos leído en alguna parte, llegó al grado de General.

Entre tanto, la revolución insurgente había tomado extraordinarias creces. Por todas partes se levantaban guerrillas; en donde quiera se libraban combates.

El hijo de la señora Bocanegra había muerto en uno de ellos, y su esposo, gravemente herido, había sido llevado para su curación al Beaterio de Morelia, en donde estaba, para su seguridad, la hija casada con Gaona. Allí murió Vega á consecuencia de su herida.

## III.

El fin de aquellas dos vidas, que le eran tan caras, lejos de abatir á la señora Bocanegra, la llevó á tomar una resolución inaudita, sobre todo, tratándose de una dama acostumbrada á las mayores comodidades. Lanzóse á los campos donde peleaban los independentes, no sólo para compartir con ellos sus trabajos, sino principalmente para exhortarlos á que no desmayaran, así como también para buscarles recursos y



elementos, yendo á los pueblos, haciendas y ranchos en busca de gentes que se agregaran á las filas y tomaran parte activa en los combates.

La ardorosa amazona prestaba así un valioso contingente á la insurrección; pero en cambio, había veces que su presencia en el campamento era embarazosa, especialmente para su hijo político Gaona y sus compañeros, quienes forzosamente tenían que estar pendientes de ella para cuidarla, evitarle molestias y peligros, y ponerla á cubierto de las emboscadas y asechanzas del enemigo. Algunas veces, teniendo que avanzar ó retroceder, según los movimientos de los realistas, no podían hacerlo, sino con grandes dificultades, pues la señora se empeñaba en afrontar las más temidas situaciones. En vano se le suplicaba que se retirara á su casa de Pátzcuaro, para apartarla de los azares de la guerra; ella se negaba á todo, y decía que quería morir al lado de los que defendían á a patria.

Por fin, fué necesario inventar un plan para obligarla á regresar á la ciudad, donde tenía á su familia. Dijéronle que convenía á los intereses de la revolución que fuera ella en persona á preparar un movimiento que debería estallar en Pátzcuaro, y el cual consistiría en que, al acercarse las partidas insurgentes á que pertenecía Gaona, se lanzara un nuevo grito de Independencia por la guarnición de la plaza, que al efecto sería sobornada. Ese grito sería secundado por aquellas partidas, y así quedaría la ciudad toda á favor y en poder de los insurrectos.

Partió la señora Bocanegra para Pátzcuaro, siendo recibida por sus hijas con extraordinaria alegría. Apenas pasados los primeros momentos de expansión, se dedicó á cumplir con el encargo que había recibido. Todo lo preparó con el debido sigilo, prudencia y sagacidad; mas cuando ya creía próximo á lograrse su intento, una delación infame desbarató su obra y causó su desgracia.

## IV.

Cuando aún residía en Pátzcuaro, años 6 meses atrás, había salvado del patíbulo, á fuerza de dinero, á un sargento de las tropas insurgentes, el cual, fingiendo un profundo agradecimiento, pidió á la señora Bocanegra que lo recibiera en su casa en clase de criado, pues deseaba servirle hasta la muerte, para pagarle su acción noble y generosa. Consintió la señora, y el criado permaneció á su lado durante algún tiempo, encontrándose todavía en la casa cuando aquella regresó del campo insurgente.

Juzgó ella digno de toda su confianza, y desde luego comenzó á utilizarlo en el desarrollo del plan que se proponía realizar; pero sucedió que por aquellos días se perdieron unos cubiertos de plata, y recayendo sospechas en el ex-sargento, la señora Bocanegra le hizo una reconvencción en tono suave y benévolo, que sin embargo lo irritó, siendo esta la causa de que, por despecho y con el deseo de vengarse, denunciara á su ama como conspiradora ante el Comandante de las fuerzas de Pátzcuaro.

Esta infame acción dió el resultado que se proponía el ingrato y malvado delator. Aquel jefe montó en cólera, y lleno de temor de que la conspiración se realizara, inmediatamente se dirigió á la casa de la señora Bocanegra para aprehenderla. Esta se hallaba sentada á la mesa comiendo tranquilamente con sus hijas, y al ser intimada para que se diera presa, contestó con toda calma que estaba á disposición de la autoridad.

Conducida á la cárcel, fué interrogada sobre la conspiración que se le atribuía, excitándola, además, á que dijera los nombres de sus cómplices. Ella contestó con toda entereza que no los tenía, pero que, aunque los tuviera, jamás los denunciaría.

El Comandante la instó repetidas veces, y por varios días, para que confesara, prometiéndole que se interesaría con el Virrey para que la perdonara y le devolviera la libertad á ella y á sus hijas, pues éstas también habían sido detenidas. Ofrecióle, además, la devolución del dinero y alhajas



de que las tropas realistas habían despojado á su familia en una de sus haciendas, estando ella ausente. ¡Todo inútil! La señora Bocanegra, con gran energía, siguió sosteniendo que no tenía cómplices, y agregó que si era culpable, se la castigara con la pena que se quisiera, aun cuando fuera la de muerte.

Despechado el Comandante, apeló á las amenazas y al terror para vencer tan firme resistencia.

Leyó á la prisionera el bando del Virrey, en virtud del cual deberían ser fusilados y colgados los que tomaran parte en la insurrección, ó de cualquier manera la ayudaran y favorecieran, ó bien conspiraran para procurar su triunfo, advirtiéndole que esa pena se le aplicaría á ella, si continuaba negando los hechos que se le imputaban.

Doña Gertrudis contestó con toda valentía y entereza: "Que estaba resuelta á todo, aun á sufrir la pena de que hablaba el bando realista, y que podía disponerse de su persona, como se juzgara conveniente, siempre que se le probara aquello de que se la acusaba."

No se dió por vencido el jefe realista ante una respuesta tan terminante, pues él quería á todo trance averiguar quiénes eran los comprometidos con aquella heroica mujer, para sublevar las tropas de su mando. Mas la señora Bocanegra, firme como el primer momento, volvió á repetir que no tenía cómplices, y que aunque los tuviera, jamás diría sus nombres.

Ya con esta última contestación, el Comandante no tuvo otra salida que condenar á muerte á la heroína, ordenándole que se dispusiera, para ser fusilada al día siguiente.

## V.

Nombróse para que auxiliara en sus últimos momentos á la señora Bocanegra, á un sacerdote franciscano, el cual, lo mismo que toda la comunidad, le tenía gran afecto, por haber recibido de ella incontestables beneficios.

La heroína resistió aun las instancias que le hicieron el Ministro de Dios y sus hijas para poner de su parte lo que fuese necesario, á fin de salvar su vida; y resuelta á morir, antes que otros sufrieran por su causa, recibió todos los auxilios de la Religión con ánimo entero y abnegación sublime.

Así marchó al cadalso. Con toda la energía de su gran carácter, arrancóse la venda que cubría sus ojos, y arengó al pueblo para que no desmayara en la lucha y siguiera trabajando para conseguir su Independencia.

Al pasar frente á la puerta del Hospital fundado por su padre, el sacerdote que la acompañaba le preguntó:

—¿Sabe usted dónde vamos?

—¿Cómo he de saberlo—contestó ella,—si han vuelto á ponerme la venda, y no voy por dónde voy?

—Pues estamos frente al Señor de los Bocanegras que está en la puerta del Hospital.

—¿Y podré orar ante El por última vez?....

—Voy á preguntarlo,—le contestó el sacerdote.

Fué, en efecto, á solicitar la licencia necesaria del jefe de la escolta, y concedida que le fué, la señora se arrodilló ante el Crucifijo, orando por breves momentos con gran fervor.

Al levantarse, dijo con gran serenidad:

—Ahora sí, vamos á mi destino, á juntarme con Dios.

La señora Bocanegra siguió con paso firme por su triste y doloroso camino. De trecho en trecho detenfese para exhortar á la multitud á que no se desanimara y á que trabajara por su Independencia, anunciándole que Dios lo premiaría, concediéndole su libertad.

Llegó por fin al lugar del suplicio. Allí la señora se quitó una peineta de oro que sujetaba sus cabellos y la entregó al sacerdote, suplicándole la llevase á su hija mayor, como un recuerdo maternal. Su reloj lo destinó á otra de sus hijas, y por último, recomendó al sacerdote que el chal



de seda que la cubría, le fuese entregado á su hija menor.

—Padre, dígales usted á todas ellas, que su madre, desde el cadalso, y ya próxima á expirar, les envía como un recuerdo estas pobres prendas; que les encarga que jamás se aparten del camino de la virtud, y que yo, desde el cielo, velaré por ellas.

El sacerdote, y los que pudieron oír las anteriores palabras, lloraban conmovidos.

Pocos momentos antes de la descarga que había de acabar con aquella preciosa existencia, la señora Bocanegra volvió á arengar al pueblo, tratando de quitarse la venda por última vez.

No pudo conseguirlo, á causa de tenerla atada con mucha fuerza, y resignada al fin, preparóse á recibir las balas que habían de taladrar su cuerpo.

Estas no tardaron en ser disparadas por los fusiles realistas, cortando en un instante la vida de aquella admirable mujer, que supo sacrificarse por la patria.

¡Así terminó su existencia Doña Gertrudis Bocanegra de Vega, la ilustre heroína de Pátzcuaro!....

VICTORIANO AGÜEROS.



#### PRECIADO SERRANO.

##### I

Era éste un joven nacido en Veracruz, de buena familia, buen nombre, y que había disfrutado de alguna riqueza.

A la sazón, es decir, en los últimos tiempos del gobierno Virreynal, época en que se desarrolló el episodio que vamos á relatar, pertenecía al batallón provincial de Tres Villas, que se hallaba en nuestro primer puerto.

Serrano había seguido su carrera desde las primeras clases de la milicia hasta la de teniente, que obtuvo al principio de la guerra de Independencia, sobresaliendo siempre en todo por su reconocido valor y honroso comportamiento. Había, pues, pasado por el crisol de todas las pruebas en aquél tiempo de honor y de abnegación militar.

En Octubre de 1822 quiso el joven general Santa-Anna arrebatar del poder español el Castillo de San Juan de Ulúa, punto en que se habían refugiado algunos restos de los cuerpos expedicionarios que salían del país capitulados, con la esperanza, sin duda, de que alguna contrarrevolución suscitada por nosotros mismos, devolviese á sus reyes el florón más hermoso de su corona.

El señor don Lucas Alamán, en el tom. 5o., pág. 671 y siguientes de su "Historia de México," se ocupa de este suceso, pero sin mencionar para nada su origen y mucho menos el nombre de Serrano. Cuando el general Santa-Anna, repetimos, tuvo esta pre-



tensión patriótica, no habiendo podido encontrar entre su Estado Mayor un oficial á propósito que quisiese espontáneamente sacrificar su existencia en bien de la causa pública, tuvo la inspiración, por decirlo así, de fijarse en Serrano que pertenecía á otro cuerpo, y á quien habiendo hecho llamar, le dijo:

—Creo ver en Ud., amigo mío, al hombre que busco, porque tengo en ciernes un proyecto, y es el de que nos hagamos del Castillo de Ulúa por medio de una estratagemá. Mis trabajos á este fin los tengo bien adelantados, y el brigadier Lemaure que manda aquél punto enemigo, ha entrado ya en mis designios, porque es tal la preocupación que tienen los españoles respecto de la independencia, que la creen obra de unos cuantos, y que la opinión del país está en su favor. En virtud de lo cual, le he hecho comprender mi arrepentimiento en haber contribuido á nuestra emancipación, y el positivo deseo que tengo de entregarle esta plaza, para lo que está convenido vengan fuerzas de Ulúa, que deberán entrar mediante cierta combinación acordada ya, por dos puntos diferentes: por el baluarte de Concepción unas, y por el de Santiago otras, siendo mi plan el siguiente: En determinado punto habrán de apostarse las nuestras, quienes á su debido tiempo harán prisioneras á las españolas; y despojadas que sean éstas de su vestuario y armamento, se disfrazarán con aquél y éste igual número de soldados mexicanos que partirán para Ulúa inmediatamente, alegando desde á bordo de la primera lancha que se acerque al castillo, haber fracasado el proyecto; dejando así confiado al jefe que conduzca nuestros soldados, el hacerse en el acto de Ulúa, matando ó haciendo prisionero el resto de su guarnición, que naturalmente ha de ser inferior en calidad á las tropas españolas que hayan quedado en nuestro poder, para lo cual será español el jefe que vaya mandando nuestras fuerzas disfrazadas, y españoles también muchos de los soldados que las compongan. Pero, amigo mío, me falta un hombre de entereza y de fría resolución que me secunde, porque Lemaure me

exige rehenes competentes que le garanticen nuestro compromiso; y como éste compromiso reclama, francamente hablando, un corazón como el de usted, un hombre que estime en poco su existencia cuando se trata de la gran causa, he creído advertirle que si la misión es peligrosísima por una parte, por otra, si se logra el objeto, usted se hará acreedor á un renombre imperecedero, á que entre usted en el rango de los militares importantes del país, y á que el gobierno no sea indiferente á los adelantos de su carrera, lo que desde luego le garantizo.

Serrano había escuchado atentamente á su general, y creyendo que aún tuviese que agregarle, permaneció callado y esperando.

Este silencio del joven oficial no dejó de alarmar á Santa-Anna, quien acababa de sufrir tres negativas de sus tres ayudantes de campo, á quienes había hecho igual invitación.

Pero su ojo práctico había prejuzgado en el oficial de Tres Villas el sentimiento de la gloria, é insistió, diciéndole, con una palmadita en el hombro:

—Y bien, amigo mío, ¿qué me contesta usted; ¿quiere usted hacer este servicio á su país, que consiste en consumir su independencia, deshaciéndonos de esa "madre escucha" que tenemos delante, que en todo interviene, y atiza la discordia?

Serrano entonces, arrastrado por ese vértigo que inspira un gran corazón, y el deseo de hacerse notable por medios tan hermosos, se puso en pie, y sin vacilar, contestó respetuosamente á su general:

—Que desde luego aceptaba tan importante comisión.

Y aquél bizarro joven se apresuró para marchar inmediatamente á Ulúa; mejor dicho, al sacrificio, porque no era otro su cometido.....

A la hora, pues, señalada, de la noche del 26 de Octubre de 1822, Lemaure embarcó dos fuertes destacamentos de la mejor tropa que tenía, dirigiendo uno, según lo convenido, sobre el baluarte de Concepción, y otro sobre el de Santiago, quienes eran guiados, con las señales aceptadas, por ayudantes de Santa-Anna. Pero fuese que éste no pudie-



se dividirse y encontrarse en todas partes para dirigir las operaciones con la mesura que el caso exigía, ó porque los españoles caminasen, como era natural, con mucha desconfianza para precipitarse, pues al aproximarse á Concepción, contraviniendo á lo pactado, tomaron casi por asalto el fortín, ó porque los "jarochos" apostados en ambos baluartes, cometiesen la imprudencia de hacer fuego antes de tiempo, el resultado fué que entre mexicanos y españoles hubiese esa noche un combate sangriento en los dos baluartes; en el de Santiago, que tomó á su cargo el general Santa-Anna, y en el de Concepción, que quiso dirigir por sí el general don José Antonio de Echávarri.

Frustrado el designio, los españoles regresaron silenciosamente á Ulúa, para evitar así, mediante la obscuridad de la noche, la certeza de los tiros con que en su retirada se les acribillaba desde la plaza.

## II

Serrano había sido aceptado con señaladas pruebas de urbanidad y afecto por parte del brigadier Lemaury, persona grave, pero atenta y complaciente; circunstancia que torturaba, hasta cierto punto, el ánimo del joven prisionero, al ver regresar las fuerzas españolas chasqueadas en su objeto y ofendido y lastimado su orgullo militar, ya por el peligro que corrieran de ser vergonzosamente capturadas, ya por el dolor que sin resultado alguno le causaran sus pérdidas entre muertos, heridos y prisioneros.

Entre tanto, el regreso á Ulúa de las fuerzas españolas, estaba produciendo allí una excitación febril; escasos eran aquellos batallones, y sin embargo, pedían á gritos volver á la plaza, lo que no pasaba más que de un deseo, obra de las circunstancias, pero que, hasta cierto punto, complicaba la situación de Serrano.

El había ido á Ulúa, no á combatir, sino á servir de garantía en un contrato serio; tan serio, que los españoles daban por sentado adquirir la plaza de Veracruz, mientras que él había jugado enteramente su vida en la esencia de aquél contrato, siendo así que

aquella vida era toda entera de los españoles.

¿En qué pensar, pues, teniendo á la vista el fiasco más completo, y tras él, el abismo insondable de la tumba?

En una noble resolución, hija de sus elevados sentimientos; en una de esas resoluciones que divinizan al hombre en el amor sagrado de la patria: en la apoteosis de los héroes.

El brigadier Lemaury, en efecto, después de conferenciar con los jefes de los destacamentos que habían regresado, se dirigió á Serrano, y con una voz ronca y destemplada por la cólera, le ordenó bruscamente se entregase preso.

Y en seguida, una patrulla lo metió entre filas y lo condujo á un pabellón situado en la misma vivienda del comandante del fuerte, que inmediatamente fué cuajado de centinelas.

En la cortina de la fortaleza de Ulúa que mira al Sur, en la que sobre la izquierda se encuentra el Caballero-alto y sobre la derecha la torre de la farola, hay cercanas al citado Caballero-alto, y próximas al departamento del comandante ó gobernador de la plaza, unas piezas que sirven de almacenes y de cuerpo de guardia á la vez; Serrano iba á ser ejecutado en el ángulo izquierdo de la cortina referida, y de capilla iba á servirle una de las piezas ya citadas.

Todo estaba preparado y dispuesto, y mientras que terminaba la operación, que era festinada por instantes, el reo permanecía esperando en la vivienda del gobernador.

Pero poco antes de partir á su postrer destino, en donde le esperaba ya el capellán de la fortaleza, Lemaury, que iba y venía taciturno, dando disposiciones y con el rostro contraído por la impaciencia, se paró repentinamente para decirle:

—Creo deber exhortar á usted para que se sirva decirme, si al venir aquí con la misión que lo trajo, estuvo usted enteramente de acuerdo en que sólo era una ficción la entrega de la plaza de Veracruz.

Y habiendo escuchado Lemaury punto por punto de boca del oficial mexicano la noble participación que había tenido en aquella



estratajema, se quedó como clavado en el sitio en que estaba, ignorando Serrano si admirado de su franqueza, ó de la paciencia que tenía en sufrirlo.

Mas á los pocos instantes, Lemaaur, dando con precipitación algunos pasos por la pieza en que se hallaban, se volvió hacia el prisionero para decirle:

—Y bien, señor Serrano, la persona está ya identificada, y sólo falta que usted se sirva decirme si al presentarse usted, procedente de Veracruz, tenía noticia, ó sospechaba lo que podría sucederle.

—Se comprende, señor general, contestó el joven con dignidad imperturbable.

Toda aquella escena era para el comandante de la fortaleza tan extraordinaria, que no atinaba con lo que habría de hacer. Desde el momento que se le presentó Serrano, le cautivó por la sinceridad de su trato, y le llamaba la atención que habiendo ido allí tan de mala fe para la causa española, tuviese tanta conformidad en sujetarse á la suerte adversa que se le preparaba, porque bien podría objetar cualquiera disculpa como proveniente de la juventud inexperta, ó de haber sido sorprendido maliciosamente....

La franqueza de sus respuestas habian prendado á Lemaaur, el que, sin embargo, clavándole una mirada pasmosa, á la vez que irritable, le tomó por un brazo, y sacudiéndoselo con violencia, le dijo:

—¿Es decir que usted convino con su jefe en que si fracasaba al ardid, quedaría usted sujeto á sus consecuencias? ¿Vino usted advertido con evidencia que tendría la suerte de los espías, como sucederá dentro de breve?

—Sí, señor general, respondió Serrano, inclinándose; fué voto que hice ante las aras de mi patria.

A lo cual el gobernador, llevándose las manos á la cabeza, exclamó:

—¡Basta de proceso!

Y continuó su paseo por la pieza....

El general español, que constituía por sí sólo la justicia en la fortaleza, armado con las leyes de la guerra y excitado por el chasco del sangriento acontecimiento, al interrogar á aquél delincuente que se hallaba

en su presencia sin defensor y abandonado de la tierra, se siente profundamente conmovido en fuerza de sus deberes, de los que, no obstante, no puede excusarse; así que el ruido que haría el sepulturero al estar abriendo aquella tumba anticipada, se confundiría quizá con el eco firme y concentrado de las respuestas del héroe!!

¿Hay por ventura, en nuestra historia, una página más patética?

Serrano en esos momentos, creyó verse conducido á la capilla, miraba al gobernador con ímpetu de estallar. Y sin embargo, se tocó el corazón y observó que no palpitaba más de lo regular.

Su semblante era alegre, festivo, como el de los antiguos cristianos en presencia de las fieras que iban á devorarlos.

Entre tanto Lemaaur, pensativo, cabizbajo, suspendió de repente su paseo, y acercándose poco á poco á la mesa de su despacho, se sentó para escribir, y concluido lo cual, se paró y dijo á Serrano, abriéndole los brazos para estrecharlo:

—Estáis libre, caballero. tomad esta carta que pondréis en manos del que os mandó aquí. Un bote de esta fortaleza, con bandera blanca, os conducirá mañana temprano hasta ponerlos en las gradas del muelle de Veracruz.

Y Lemaaur, conmovido todavía, le volvió á echar los brazos y lo despidió.

Un mudo apretón de manos fué la única respuesta del joven héroe hacia aquél noble castellano.

### III

Eran las siete de la mañana del siguiente día.

Lemaaur cumplía su palabra de caballero y de soldado.

El bote, con la bandera blanca, zarpaba de Ulúa con su ilustre carga.

Serrano surge del borde del sepulcro para mirar de súbito la silueta conmovedora de la ciudad libre de Veracruz, circundada con sus negras murallas y con sus elevados torreones, en uno de los cuales flamea magestuoso el pendón de Iguala, cuyos vivos colo-



res estremeceñ de gozo su ardiente corazón.

Vuelve á calentarle el sol de su patria, el que se refleja plateando aquellas olas, mudos testigos de grandes sucesos; aquellas olas que, amigas, le empujan hacia la tierra de la libertad; aquellas olas de cuyo murmurio vuelve á gozar, y cuyo perfume para el hijo de los mares es tan halagüeño; hasta las gotas de agua, que lanzan la punta de los remos, que caen sobre sus vestidos, son otros tantos diamantes que relucen en su rica y feliz imaginación.

Después del sangriento suceso de la noche del 26, aquél bote, banderizado con el signo de la paz, llamó fuertemente la atención de los veracruzanos concurrentes al muelle en aquella hora de la mañana.

Mil conjeturas diversas se acumulaban en los fogosos cerebros de aquél pueblo esencialmente parlero y decidor.

Unos creían que los españoles, convencidos de su impotencia, iban á entrar en pláticas para ajustar una capitulación y marcharse.

Otros, ateniéndose al carácter tenaz de los castellanos, el bote conducía un reto á muerte, recordando que aquellos veteranos eran de los bravos de Baylen.

En suma, y mediante los anteojos que aplicaban sobre el bote, fué reconocido Serrano, y ésta inesperada circunstancia dió más vuelo á las conjeturas, á todas las cuales impuso silencio la presencia del joven teniente, á quien, pasmados de admiración, volvían á ver con vida.

El pueblo veracruzano que pisaba el muelle, ebrio de contento y de placer, prorrumpió al fin en un estrepitoso viva á la independencia. Y tomando entre sus brazos al joven héroe, objeto de aquel regocijo, le condujo en triunfo hasta el salón del palacio municipal de la ciudad, en el que, lleno de sorpresa, lo estrechó también entre los suyos el general Santa-Anna.

La carta que Lemaur escribió á este caudillo, fué, á la vez que concisa, enérgica, con algunas recriminaciones relativamente al suceso de la noche ya referida.

La carta terminaba así:

“Mas sea de esto lo que fuere, cábeme el

“deber de caballero devolveros con vida á ese recomendable joven; porque mi corazón, como el suyo, es demasiado noble y generoso para destrozarlo en un suplicio; creyendo que en justa retribución me devolveréis al capitán don Domingo Lagru, al teniente don Manuel Zeiden y al sargento y á los ocho ó diez soldados que quedaron allí prisioneros.”

En la historia romana se cuenta la abnegación de Scévola como un suceso de gran mérito; mas el de Serrano, que tiene casi el mismo tinte, lo será también en la mexicana, si este humilde relato tuviese alguno ante los ojos del historiador.

MANUEL M. ESCOBAR.